



Dublineses: una invitación a la lectura (El País, 2002)

Dublineses (1914), es un conjunto de 15 relatos en el que recrea recuerdos de infancia y adolescencia, escenas familiares y de la vida pública de su ciudad natal, y en el que se incluye una de las joyas más brillantes de la cuentística contemporánea, *Los muertos*. Escritos en Trieste (Italia), primera etapa estable de un voluntario exilio -París y Zúrich completarían los lugares esenciales de su errabunda vida-, y en compañía del gran amor de su vida, Nora Barnacle, *Dublineses*, y sobre todo el ya citado *Los muertos*, es uno de los más hermosos testimonios de amor a un país y a una mujer. Adaptado magistralmente al cine por un octogenario y agónico John Huston en 1987 (moriría antes del estreno del filme), estos relatos nos muestran ya a un maestro de la narrativa al que le faltaban dos años para publicar su primera novela, *Retrato de un artista adolescente* (1916), y algunos más para alcanzar el olimpo literario con *Ulises*. El valor y la grandeza de su obra bordean lo épico ante las incomprensiones, censuras y penurias económicas que le acompañaron durante toda su vida.

La odisea de 15 relatos

En 1904, George Russell ofreció a James Joyce una libra esterlina por cada cuento que el escritor le enviara para publicar en su gaceta *The Irish Homestead*, una revista de agricultores. Así nacieron *Las hermanas*, *Eveline* y *Después de la carrera*, que Joyce firmó con el seudónimo de Stephen Dedalus, nombre de uno de los personajes de *Ulises*. Después de estos tres primeros envíos, el editor decidió que los relatos no eran los adecuados para sus lectores. Joyce siguió escribiendo el resto de los cuentos en Trieste y, tras una dura experiencia de ocho meses trabajando en un banco de Roma, ideó el último de los 15 relatos: *Los muertos*. De regreso a Irlanda en 1912, envió el manuscrito al editor Grant Richards, que lo aceptó, aunque exigió cambios. Los impresores, por su parte, encontraron ofensivas expresiones como: "Ella cambió repetidamente la posición de sus piernas". Joyce se negó a alterar nada aclarando que su estilo era "de una escrupulosa vulgaridad". El libro se publicó finalmente en 1914, pero su "peculiar aroma de corrupción" no fue nada rentable: sólo se vendieron 499 ejemplares el primer año. Medio siglo más tarde, Guillermo Cabrera Infante llevó a cabo una de las traducciones clásicas de esta obra al castellano.

Fonte: https://elpais.com/diario/2002/11/30/cultura/1038610805_850215.html

James Joyce: un retratista de vidas pequeñas

Por Pablo Ingberg (Clarín, 2014)

Rescate. En la semana Joyce –conmemoración del Bloomsday y a un siglo de la edición de “Dublineses”–, la historia de esos primeros cuentos.

El 15 de junio de 1914 James Joyce lograba ver al fin publicado su libro de cuentos *Dublineses*, tras diez años de tortuoso recorrido. Todo había empezado en 1904, el año en que conoció a Nora Barnacle, tuvo la primera cita con ella el 16 de junio (fecha en que transcurriría el *Ulises* –recordada anualmente por sus devotos como Bloomsday–, en ese sentido monumental ofrenda amorosa a quien jamás leyó lo que escribía él) y emigraron juntos de Irlanda el 9 de octubre.



Meses antes, desechados los planes de pagarse una vida de escritor convirtiéndose, por ejemplo, en médico o cantante lírico, el joven de veintidós años en busca de medios de sobrevivencia recibió el ofrecimiento de escribir cuentos sencillos, que no espantaran a los lectores, para el *Irish Homestead* (Granja Irlandesa), periódico que podemos imaginar afín a nuestra revista *Chacra* y que él llamaba jocosamente *The Pig's Paper* (El periódico del chanco). Así nacieron los tres primeros cuentos de *Dublineses*, publicados entre agosto y diciembre y firmados con seudónimo: Stephen Daedalus, nombre que, con simplificación en Dedalus, sería el de su personaje de *Retrato del artista adolescente* y *Ulises*.

Cuando el periódico no aceptó más cuentos porque recibía muchas cartas de queja de lectores (indicio de las dificultades que afrontaría la publicación del libro), James y Nora, con un primogénito en embrión, estaban ya instalados en Trieste, donde él paraba malamente la olla dando clases de inglés. A fines de 1905 tenía escritos doce cuentos, donde, según una carta a su hermano Stanislaus, ve a Dublín misma como una persona, con cuatro etapas de la vida representadas: tres cuentos de niñez (“Las hermanas”, “Un encuentro”, “Arabia”), tres de adolescencia (“La casa de huéspedes”, “Después de la carrera”, “Eveline”), tres de madurez (“Arcilla”, “Copias”, “Un caso doloroso”) y tres de vida pública (“Día de la hiedra en el comité”, “Una madre”, “Gracia”). El último de esos doce, “Gracia”, es tripartito como *la Divina comedia*: empieza en el infierno de un bar donde un borracho se cae y golpea, sigue con el purgatorio de su convalecencia y termina en el paraíso de una iglesia. Pequeño anticipo de la apoyatura del *Ulises* en la *Odisea*.

Envía entonces el manuscrito al editor inglés Grant Richards. Le dice que escribió esos cuentos “en un estilo de escrupulosa vileza” y que flota un “especial olor a corrupción” en ellos. Sea o no del todo justa esa descripción, hay alcohol y alcoholismo por doquier, padres maltratadores, madres ventajeras, un viejo que parece masturbarse cerca de niños, vidiores de pacotilla, punteros políticos venidos a menos, en suma, ni grandes héroes ni grandes acciones, ni siquiera grandes maldades, sino pequeñeces de vidas pequeñas.

Tal es el escenario que construye Joyce para el mito literario propio que desarrollaría en obras posteriores: vidas pequeñas presentadas en sus pequeñeces, como será la de Bloom en *Ulises*. Aunque no tanto con vileza sino con cierta compasión implícita.

Tertulias literarias

3

Tomar por escenario la cosmopolita capital era plantarse frente a los nacionalismos en boga, que exigían acudir a la lengua gaélica irlandesa o a la mitología céltica, de raigambre rural y con más peso en el oeste de la isla, adonde en el cuento “Los muertos” le sugiere a Gabriel Conroy que vaya de vacaciones la mujer que lo critica por escribir reseñas de libros para un diario anglófilo, lo mismo que había hecho Joyce cuando fue a París con idea de estudiar medicina. Esa estrechez de miras fue motivo principal de su exilio autoimpuesto, porque a su juicio la salida del colonialismo inglés debía buscarse no encerrándose en un pasado remoto sino abriéndose al continente europeo.

Richards aceptó enseguida el manuscrito y firmó contrato. Joyce envió entretanto un cuento adicional (“Dos galanes”), y estaba por mandar otro (“Una nubecita”) cuando una carta de aquél le informa que, por reclamos del impresor, deberá hacer modificaciones. La ley inglesa permitía penar por inmoralidad o afines no sólo al autor y el editor sino también al impresor, de modo que todo impresor leía lo que iba a imprimir en busca de posibles problemas.

Así empezó una larga historia de idas y vueltas, discusiones y concesiones, disputas legales, intentos fallidos con otras editoriales (incluida una dublinesa), quejas postales y periodísticas, en resumen, toda una compleja serie de dificultades que prenuncian las que enfrentarían *Retrato...* y *Ulises* para su publicación.



Hoy aquellas objeciones de inmoralidad u obscenidad suenan a chiste: por ejemplo, que en el cuento “Copias” una mujer cambiara con frecuencia la posición de sus piernas y se rozara contra la silla donde estaba sentado un hombre. Con todo, había en Joyce una clara intención de mostrar pequeñas vilezas y otros detalles reveladores para sacudir el polvo de la pacatería piadosa, aunque sin moralizar, sólo presentando momentos en apariencia triviales pero en realidad cruciales de una manera contundente y sin hacer comentarios, de forma tal que quedara flotando la idea de un sentido no dicho, técnica luego habitual en la narrativa moderna.

Entre 1906 y 1907 hizo un intento de vivir en Roma como empleado bancario. Allí no consiguió escribir nada, pero planeó dos cuentos: uno escrito poco después en Trieste, “Los muertos”, último de los quince que integraron al fin *Dublinese*s, y otro que iba a llamarse “Ulises” y empezó a fructificar en 1914 a modo de novela.

Dos cartas de fines de 1913 le cambiaron la vida: una de Richards pide de nuevo el manuscrito de *Dublinese*s; otra de un amigo estadounidense de W. B. Yeats, Ezra Pound, ofrece proponer cosas suyas a revistas que en su mayoría pagaban. Joyce envía en enero de 1914 *Dublinese*s y el primer capítulo de *Retrato...* a Pound, quien ese mismo mes logró que una revista aceptara sacar *Retrato...* por entregas y publicó él mismo un artículo sobre los problemas para la aparición de *Dublinese*s. Días después, Richards aceptaba publicarlo. El contrato era leonino: sin regalías por los primeros quinientos ejemplares. Y no se vendió mucho más, pese a las buenas reseñas, una de ellas de Pound.

Shakespeare no inventaba argumentos: los tomaba de obras anteriores; lo suyo es lo que hacía a partir de allí con esos materiales. Algo similar puede decirse de Joyce. Detrás de todo lo que escribió hay experiencias propias o apropiadas. El cuento “Un encuentro”, por ejemplo, el del viejo que parece masturbarse, se inspira en algo que les ocurrió a James y Stanislaus una vez que se hicieron la rata por idea del primero; y “Un caso doloroso” toma materiales del diario de Stanislaus. Pero siempre hay una elaboración personal determinante al servicio de los propios fines.

2019-2020

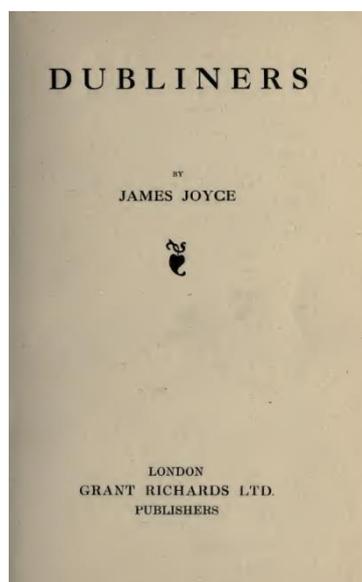
Veamos con algo más de detalle el caso de “Los muertos”, cuento sobre el que se basó la última película de John Huston, conocida en Argentina como *Desde ahora y para siempre* (1987). Para escribirlo, Joyce acudió a recuerdos de fiestas navideñas en casa de unas tías abuelas que vivían con la hija de una de ellas y tenían en su casa una escuela de música. El personaje de Gabriel Conroy trincha el ganso y hace el discurso como solía hacer allí John Joyce (padre de James), posee ciertos rasgos de carácter y de familia de Constantine Curran (amigo de James) y, como el propio James, viaja al continente, escribe reseñas para un diario anglófilo y rivaliza con un difunto enamorado de su mujer. Varios personajes están inspirados en otras personas conocidas de Joyce. El final se inspira en *Vain Fortune* (1891), novela del irlandés George Moore hoy olvidada. Allí una pareja en su noche de bodas se entera de que una joven a quien él dejó acaba de suicidarse. El rechaza un beso, ambos sienten remordimientos, ella se duerme sin consumación matrimonial, él va a la ventana y mira “el gris melancólico del alba”, reconoce que su vida es un fracaso y que su esposa no tiene la pasión de la difunta y decide que al menos intentará hacerla feliz.

Con todas esas cartas mezcladas y repartidas a su manera, el joven Joyce compuso en ese cuento algunas de sus páginas más recordadas.

Fonte: https://www.clarin.com/rn/literatura/James-Joyce-retratista-vidas-pequenas_0_ry7Vpgn5v7g.html

El laboratorio de Dublín

Por Lara Zavala (Revista de la Universidad de México, nº 129, 2014)



Por epifanía él [Stephen Dedalus] entendía una súbita manifestación espiritual que surge ya sea de una expresión vulgar en el habla o de un gesto o de un pensamiento memorable de la mente. Él creía que era responsabilidad del hombre de letras describir estas epifanías con extremo cuidado ya que parten de los más delicados y evanescentes momentos. 5

Curiosamente, *Dublineses* se inicia con las experiencias tempranas del propio Joyce en Dublín. Por lo mismo, en varios cuentos el protagonista es un niño o un joven que irá descubriendo el mundo paulatinamente; pero a medida que crece y avanza en experiencia, los personajes se transforman y evolucionan para enfrentarse a problemas más serios, críticos y complejos. “Infancia, adolescencia, madurez y vida pública” es como Joyce estructuró *Dublineses*. Los cuentos de infancia son “*Dos hermanas*”, “*Un encuentro*” y “*Araby*”, donde priva la inocencia de los protagonistas que se enfrentan a los misterios del mundo dejándolos con una rara sensación de desencanto y desilusión frente a la vida. Los de adolescencia son “*Eveline*”, “*Después de la carrera*”, “*Dos galanes*” y “*La casa de huéspedes*”, cuyos personajes o bien son incapaces de actuar, como en “*Eveline*”, o reaccionan con irresponsabilidad y dolo como en “*Dos galanes*”, o se dejan arrastrar por las circunstancias como en “*Después de la carrera*” o anhelan evadir sus responsabilidades como en “*La casa de huéspedes*”. Los cuentos de madurez son “*Una nubecita*”, “*Contrapartes*”, “*Arcilla*” y “*Un caso lamentable*”, que se centran ya en la vida adulta de los diversos personajes y reflejan la frustración, la angustia, el desencanto, los prejuicios y el dolor que padecen muchos de los insignificantes pobladores de Dublín. Los títulos que corresponden a la vida pública, “*Ivy Day en la sala del comité*”, “*Una madre*” y “*Gracia*”, tienen un carácter más incisivo, sarcástico e irónico a la vez, pues critican el nacionalismo de los irlandeses, su propensión al alcohol, a la música y a la irresponsabilidad, sus debilidades sentimentales y económicas así como sus conflictos religiosos —su fe en el Papa, en la Virgen María y en el Espíritu Santo— que tantos pesares y tanta violencia han propiciado entre católicos y

Tertulias literarias

protestantes. “*Los muertos*”, el último texto de la colección y el más extenso, funciona a manera de epílogo pues de algún modo sintetiza y borda sobre los principales temas que se trataron a lo largo del volumen y en donde la parálisis, la cautividad, la frustración, la soledad, el amor, los celos, la política y la muerte cierran la obra con un golpe de gracia inesperadamente poético y epifánico.

Dublineses posee la ventaja de que cada cuento funciona independiente, pero a medida que el lector avanza, el efecto se hace acumulativo, como si se tratara de una novela. Todos los cuentos poseen gran calidad literaria pero, como es lógico, hay algunos más convincentes y dramáticos que otros. En mi opinión los textos mejor logrados del volumen son “*Araby*”, “*Eveline*”, “*Dos galanes*”, “*Una nubecita*”, “*Contrapartes*”, “*Arcilla*”, “*Un caso lamentable*” y por supuesto “*Los muertos*”. En todos ellos el final se resuelve a través de una gran epifanía: en “*Araby*” con la decepción y desilusión de haber llegado tarde al bazar en el que su protagonista había puesto tantísimas esperanzas, en “*Eveline*” con la incapacidad de la heroína para actuar en el momento decisivo, en “*Dos galanes*” con la monedita que Corley logra sacarle a su amantilla y que funciona como metonimia de su entrega física, en “*Una nubecita*” con la manera como la presencia de Gallaher oscurece la vida cotidiana de Little Chandler y provoca su envidia y remordimiento, en “*Contrapartes*” con la frustración acumulada de Farrington a lo largo del día, que llega a su punto climático cuando Weathers lo derrota en las vencidas en una taberna y él se desquita, inconscientemente, golpeando a su pequeño hijo cuando llega a casa; en “*Arcilla*” con la ingenuidad y pureza de María que sufre un lapsus que revela sus sentimientos más íntimos; en “*Un caso lamentable*” con el egoísmo y la insensibilidad de James Duffy para entender la muerte de su amada y las posibilidades que le ofrecía el amor. La culminación del libro es “*Los muertos*”, que prelude la enorme contribución de James Joyce al mundo literario pues ya se hallaba en pleno dominio de sus recursos narrativos, simbólicos y poéticos. La epifanía ocurre cuando Gabriel Conroy, infatuado con su narcisismo, orgulloso de su discurso en la fiesta y deseando físicamente a Greta, su esposa, sufre un revés al observar que Greta llora al ver que está nevando y recordar la melodía que le cantara Michel Furey una noche hace años pero que lo condujo a la muerte. En el último párrafo, el ritmo, las aliteraciones, la cadencia que utiliza Joyce para sugerir la imagen de melancolía y tristeza a través de la nieve que cae por toda Irlanda conlleva la sensación de desengaño que sufre Conroy al final del cuento y cierran el libro de manera magnífica pues abarca a “*todos los vivos y los muertos*”.

Esta colección de cuentos representó para Joyce no sólo su entrada a la prosa narrativa (recuérdese que había publicado su libro de poesía *Música de cámara* en 1907), sino que resultó decisiva para que pudiera elaborar el resto de su obra. En *Dublineses* Joyce empieza a indagar y a explorar la ciudad que tanto amaba y tanto odiaba inaugurando la idea de Dublín no como un mero escenario sino como el personaje más importante del libro. Joyce se delecta en la descripción detallada a cielo abierto de calles, barrios, restaurantes, pubs, parques, iglesias, monumentos, colleges, así como la vegetación de la ciudad, el clima, la importancia del río Liffey, los muelles, el mar “*verdemoco*” y los alrededores de Dublín. Joyce estaba muy consciente de la importancia de su ciudad y quería explotarla y lucirla literariamente: “No creo que ningún escritor le haya presentado Dublín al mundo. Ha sido la capital de Europa por miles de años, es presuntamente la segunda ciudad del Imperio Británico y es casi tres veces más grande que Venecia... la expresión ‘dublinés’ me parece que tiene un significado que dudo que pueda aplicarse a londinense o parisino...”. 7

Esta exploración continuaría en el *Retrato del artista adolescente* y, de manera más detallada y propositiva, en *Ulises*. Uno de los anhelos que Joyce perseguía al escribir su gran novela, según le confió a su amigo Frank Budgen, era que el libro fungiera como fuente documental para reconstruir Dublín en caso de que fuera destruida.

Pero no contento con ello Joyce eligió además a un grupo de personajes que consideraba arquetípicos de la ciudad, sobre los cuales volvería cuando decidió escribir un cuento titulado “*Mr Hunter*”, judío de cabello oscuro del que se rumoraba que era un “*cornudo*” pero que rescató al escritor en una pelea callejera por

Tertulias literarias

cuestión de faldas y que se transformaría con el tiempo ni más ni menos que en Leopold Bloom, de *Ulises*. Varios de los personajes de *Dublineses* y del *Retrato* reaparecen en *Ulises* para que su indagación sobre la ciudad y sus habitantes se hiciera más extensiva y profunda. De hecho *Dublineses* resultó una suerte de pequeño laboratorio o prototipo para que Joyce ejercitara su pluma y se lanzara a proyectos más ambiciosos y complejos como fue el caso de *Retrato del artista adolescente*, *Ulises* y *Finnegans Wake*. James Joyce le abre al mundo como tema la exploración literaria de una gran ciudad.



Antes de que él hiciera su gran aportación a la literatura universal, Flaubert, Henry James, Tolstói, Antón Chéjov y Marcel Proust habían descrito literariamente las entretelas de la mente humana con la intención de adentrarse en sus más íntimos pensamientos. Sin haber postulado una teoría estética tan clara, en sus cuentos Antón Chéjov había llegado a una práctica semejante a la de la sagrada palabra “epifanía”. Para Chéjov las historias que contaba no tenían ni principio ni fin y por lo tanto todas las resoluciones de sus anécdotas eran de “inminencia” e implicaban una “paradoja íntima”, lo cual significaba que el autor le dejaba al lector la libre interpretación de lo ocurrido para que la juzgara de oído y sin ninguna explicación de carácter autorial. Lo mismo ocurrió cuando Joyce llegó a su concepción de la epifanía y decidió que el final de sus cuentos tenía que ser evanescente.

El descubrimiento de los momentos epifánicos contribuyó enormemente a que Joyce integrara los recursos de la poesía a la prosa narrativa. Las aliteraciones, la evocación musical de las palabras, los retruécanos, las onomatopeyas, las sinestesias, las palabras telegráficas construidas por agrupamiento, los intertextos y las imágenes sonoras visuales y olfativas, así como el ritmo acaudalado del flujo mental lo acercaban paulatinamente al monólogo interior y al stream of consciousness que desarrollaría plenamente en el *Retrato*, en *Giacommo Joyce* y sobre todo en *Ulises*. Al intentar reproducir “los más delicados y evanescentes momentos” en la vida de sus personajes Joyce no tuvo más remedio que adentrarse en las palabras que se albergaban en la mente de sus protagonistas sin ton ni son. Mucho le sirvió haber leído *Han cortado los laureles* de Édouard Dujardin a quien, por supuesto, superó con creces en la realización de la técnica del monólogo interior. En ocasiones Joyce también se transfigura en un narrador omnisciente, una suerte de observador íntimo que no hace mayores juicios sobre lo narrado. Esta es la técnica que asumirían con el tiempo escritores como Virginia Woolf, Katherine Mansfield, Ernest Hemingway, Katherine Anne Porter y, más recientemente, Raymond Carver. Por todo ello a James Joyce se le considera como el autor que reinventó el género cuentístico durante el siglo XX.

Fonte: http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/ojs_rum/index.php/rum/article/view/16398/18177#

Por qué leer hoy a James Joyce

Por Luciano Sáliche (Infobae, 2018)

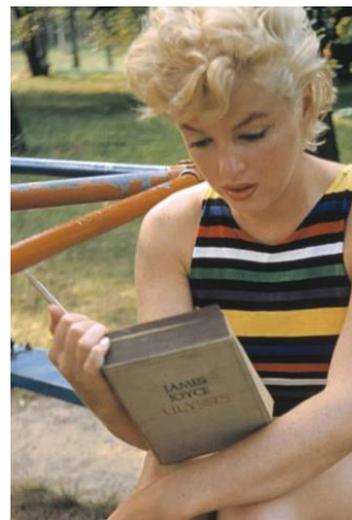
Se cumple un nuevo aniversario del nacimiento del escritor irlandés, autor de una de las obras cumbres de la literatura moderna: "Ulises". En esta nota, tres de sus traductores —Pablo Ingberg, Marcelo Zabaloy y Rolando Costa Picazo— dan algunas razones para zambullirse sin piedad en sus páginas, que parecen estar más vivas que nunca.

7

Algunos grados por encima del cero, la temperatura en Dublín, el 2 de febrero de 1882, cuando nació James Joyce. Fue en Rathgar, un suburbio de la ciudad a tres kilómetros del centro. Y aún ese país al noroeste de Europa no se llamaba, como lo conocemos hoy, República de Irlanda, sino Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. Duró 21 años ese conglomerado de potencias, pero de todos modos, Joyce vivió la mayor parte de su adultez fuera de ahí, aunque Dublín, su paisaje, su gente, sus costumbres, la infancia, lo marcaron para siempre. En Dublín transcurren muchas de sus historias. Publicó poesía y relato, ensayo y teatro, pero también publicó novelas, varias, aunque una sola bastó para quebrar la literatura al medio, marcar un antes y un después. Se llamó *Ulises* y es, además de un puente con la *Odisea* —el poema épico de Homero del siglo VII a. C.—, la prueba del ingenio humano y un retrato de época.

Nadie nace traductor

"James Joyce es uno de los grandes escritores del mundo. Quien no lo lee, se pierde algo importante. El primer Joyce es fundamental, en especial *Dublinenses* y *Retrato de un artista joven*. Para quien estudia, para quien enseña, es importante leerlo y lo recomiendo." El que habla es Rolando Costa Picazo quien casi un siglo después de que apareciera el *Ulises*, realizó una nueva traducción para Edhasa con comentarios críticos. "La traducción fue muy compleja —continúa Costa Picazo en diálogo con Infobae Cultura—. Uno no puede entrar si no trae algo del estudio del autor en el camino y también tiene que estar preparado para recibir un shock. Es un escritor muy sufrido y pone su dolor en la obra. La gran diferencia en traducirlo radica en su amplio conocimiento. No solo cita a otros escritores ingleses y europeos, sino que además no dice lo que está citando. Tal vez le divierte hacer una trampa en algún momento. En un caso, conversa con un pseudo escritor que cree que sabe todo y no sabe nada. Así podría uno internarse en la búsqueda de una fuente inexistente mientras él se ríe desde ultratumba."



Quien también lo acaba de traducir es Marcelo Zabaloy, para la editorial El Cuenco de Plata, pero también tradujo *Finnegans Wake*. En su adolescencia, casi por casualidad —mejor dicho: por la causalidad de la buena docencia— se encontró con James Joyce, como si el destino estuviera escrito sobre un papel que alguien rescata de la basura. Lo leyó por primera vez en la escuela secundaria, en el colegio Southlands de Bahía Blanca, lugar desde donde conversa con Infobae Cultura.

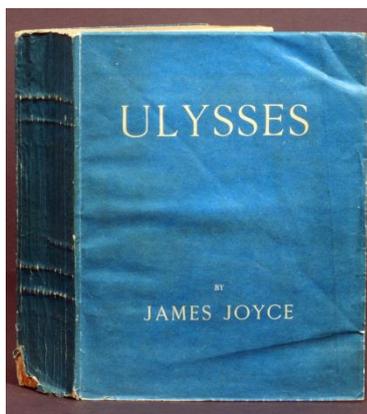
"Una inolvidable maestra, Miss Sylvia Rozas Denis, nos hizo leer un cuento llamado *Counterparts*. Lo había escrito un tal James Joyce y el libro era *Dublinenses*. Yo tendría a lo mejor catorce o quince años. Analizamos el cuento durante varias clases y me fascinó. Después, con los años, leí comentarios sobre su obra, supe de la existencia de un libro larguísimo y casi ilegible que englobaba un día en la vida de un personaje en setecientas páginas. Y también leía citas por todos lados y a Borges diciendo esto y aquello de Joyce, y todo eso. Y la intriga me fue llevando a acercarme con curiosidad. Volví a leer *Counterparts* y todo *Dublinenses* cuando era adulto. En inglés, por el gusto de mantener lo aprendido durante mi infancia y adolescencia. Y después seguí con el *Retrato del artista adolescente*. Al final mi esposa me trajo de los Estados Unidos una edición del *Ulises*,

Tertulias literarias

esto fue en 2004. Tardé un año para la primera lectura y me cautivó desde la primera frase. Descubría cada día maravillas inimaginables. Y a esa lectura inicial siguieron tantas más que ya no las recuerdo. Pude haberlo leído diez veces y podría leerlo otras tantas. Es adictivo. Atrapa. Cautiva al lector paciente y rechaza, a propósito, al impaciente."

"Traducirlo fue un impulso", asegura Zabaloy. Un día, cuando lo leía, le quiso traducir un fragmento a su esposa. "El de Leopold Bloom, cuando compara a la mujer con la luna", dice, pero el libro que tenía en sus manos estaba en inglés. "Para traducir diez líneas estuve todo un día. Y había quedado, para mí, delicioso. A Marcela [su esposa] le gustó mucho. A partir de allí, usé cada minuto libre que tuve para traducir y seguir traduciendo. Cuando terminé el primer borrador habían pasado cuatro años. El placer que me proporcionó ese pasatiempo no puede medirse con palabras ni puede pagarse con plata", recuerda.

Desde Málaga, España, y mediante un breve intercambio epistolar vía mail, Pablo Ingberg habla de Joyce con Infobae Cultura. Lo conoce casi de memoria; tradujo *El gato y el diablo*, *Epifanías*, *Escritos críticos y afines*, *Exiliados*, *Finn's Hotel*, *Giacomo Joyce*, *Los gatos de Copenhague* y *Retrato del artista adolescente*, pero su primera lectura de Joyce fue el *Ulises*. Ingberg tenía 25 años y asegura que se sintió deslumbrado. "Cada página, cada párrafo — recuerda— era una sorpresa, un nuevo ítem de un catálogo de posibilidades. Y nunca como adorno, sino como algo que forma parte indispensable de la construcción. Cuando se acercaba la entrada de Joyce en el dominio público, traduje *Retrato del artista adolescente*, y en años sucesivos otras varias obras de ese conjunto preparatorio y satelital. Ahora está por aparecer la Poesía, que incluye por primera vez los inéditos en vida, incluidos en cartas o manuscritos."



Breve historia del *Ulises*

"La imprimiremos aunque sea el último esfuerzo de nuestras vidas". Eso fue lo que escribió Margaret Caroline Anderson, directora de la revista estadounidense *The Little Review*, cuando recibió por correo los primeros tres capítulos del *Ulises*. Se los había enviado el poeta Ezra Pound por pedido de James Joyce ya que en Europa nadie quería publicarlo. En esa época se usaba mucho serializar las novelas en revistas. Cuando en 1917 Joyce ya tenía la cosa avanzada y sabía que se trataba de algo realmente transgresor, le escribió a Harriet Shaw Weaver de la revista londinense *The Egoist*, juntos lo hicieron también a Virginia Woolf y su esposo. Nadie quería saber nada, corrían tiempos difíciles entre la falta de tipógrafos, la escasez de dinero, las presiones legales y la creciente censura. Entonces, tras la ayuda de Pound,

llegó a manos de una Anderson, que quedó fascinada. Lo intentó, comenzó en 1918, pero al tiempo fue castigada: los números donde se publicaron los capítulos 8, 9 y 12 fueron confiscados y quemados por las autoridades y en 1921 fue condenada a pagar una multa.

El primer *Ulises* completo como libro aparece en Francia en 1922. El fenómeno se expande —o como se dice ahora: se viraliza— y luego de Alemania y República Checa, se traduce al japonés en 1930 y al poco tiempo Random House la publica en Estados Unidos, no sin recibir denuncias. En Inglaterra se edita recién en 1936. ¿Y al español? La primera fue de un argentino, José Salas Subirat, que logra traducirla y publicarla en Buenos Aires.

Con paciencia y necesidad, leerlo hoy

Pero, ¿qué tiene entonces este libro que, según T. S. Eliot, "es la expresión más importante que ha encontrado nuestra época"? ¿Por qué leerlo hoy, no sólo a él, también a su autor, James Joyce, que ha construido una obra



Tertulias literarias

y ha logrado, a diferencia de otros autores —Céline es el mejor ejemplo—, poner su nombre a la par de su hit sin que éste lo tape? "Llega un momento en el cual hay que tomar un decisión —dice Marcelo Zabaloy—, leer o no leer a Joyce. Leer o no leer un clásico catalogado como difícil. Y siempre son los mismos nombres, Joyce, Kafka, Woolf, Nabokov, Proust, etc. Pero hablamos hoy de Joyce. Si el joven o el adulto ha adquirido ya el don de la paciencia puede, no digo debe, leerlo. No hay un camino que conduzca a su obra inexorablemente; nadie es más o menos lector por leerlo o no leerlo, pero en mi caso simplemente decidí que iba a leerlo."

Rolando Costa Picazo también lo recomienda, con énfasis lo recomienda, pero advierte que requiere tiempo. Estudiaba literatura cuando leyó por primera vez el *Ulises*, se había preparado, sabía que se trataba de algo complejo. "No es para leer en la juventud —aconseja—, pero sí es sin duda, de primera línea. Si se estudia por obligación, la respuesta es siempre negativa. No es para el comienzo de los estudios literarios, uno necesita todo el tiempo para entrar en la obra del autor."

"Para mí la obra central de Joyce es *Ulises*", dice Ingberg, y continúa: "Todo lo demás que escribió me interesa, y profundísimamente, como recorrido hacia y desde *Ulises* y como satélites que giran alrededor de ese sol. *Ulises* es como un museo eternamente vivo de la novela: si se pudiera alcanzar el infinito de agotar las posibilidades que ofrece la novela desde sus orígenes y hasta siempre jamás, eso es lo que Joyce logró con ese libro. Me recuerda a una de esas catedrales europeas que primero fueron templo griego o romano, después iglesia cristiana primitiva, después quizá mezquita o iglesia ortodoxa, después iglesia católica y hoy es una especie de museo donde uno ve convivir todas esas capas en una construcción que a pesar del rejunte de capas superpuestas en principio heterogéneas conforma una unidad donde todo eso se funde en un cuerpo único y macizo, una inmensa obra de arte compuesta por una inmensa cantidad de pequeñas obras de arte", cuenta.

Son varias las razones para leer a James Joyce. ¿Vale la pena, en una época tan fugaz y llena de posverdades como la nuestra, apoyarse (también) en los clásicos? Con paciencia y necesidad, la respuesta es enfáticamente afirmativa.

Fonte: <https://www.infobae.com/america/cultura-america/2018/02/02/por-que-leer-hoy-a-james-joyce/>

Para saber más:

- Eduardo Larrocha: "James Joyce: Dublineses, cien años"
http://www.ieturolenses.org/revista_turia/index.php/actualidad_turia/james-joyce-dublineses-cien-anos
- Dublineses, recensión en "Crítica de Libros"
<https://www.criticadelibros.com/drama-y-elemento-humano/dublineses-james-joyce/>
- Álvaro Cortina: "James Joyce y el juego de las siete diferencias" (El Mundo)
<https://www.elmundo.es/elmundo/2011/09/16/cultura/1316158154.html>
- Higinio Polo: "Joyce, triste Trieste" (El Viejo Topo)
<https://www.elviejotopo.com/topoexpress/joyce-triste-trieste/>

[Archivo documentación Tertulias Literarias \(desde 2010\)](#)



Biblioteca Central Rialada
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

2019-2020